

## “Globalización Cultural y Posmodernidad”

JOSÉ JOAQUÍN BRÜNNER  
Fondo Cultura Económica,  
Santiago-Chile, 1998.

*“No hay llaves. Hay apenas bóvedas herméticas  
en las que se conserva una significación muda:  
que asedia al saber y que repone a la humanidad  
ante su precario emblema...”*

FEDERICO GALENDE (“*Que no pare de llegar...*”).

Con inusitada atención he leído lo que podríamos llamar, también con inusitada precisión, el “último” libro de José Joaquín Brünner. Ciertamente que “Globalización Cultural y Posmodernidad” es su último libro; algo que podemos llamar acá: el último suspiro de un intelectual atento a las caprichosas figuraciones de una actualidad —a ratos— ingobernable.

Sin embargo, no quisiera sólo con esto, con esto de lo “último”, retener aquí lo que un escritor nos depara celosamente ante sus manuscritos. Por el contrario, y fuera de toda insinuación temporal, un “último” libro deja siempre un irresoluto frente a lo que el escritor era y lo que éste será. Esto último podemos decirlo de otra forma, a saber: siempre existirá un lugar en las páginas de un libro que no se entregue ni a los episodios escriturales que fueron ni a las conmociones de sus futuros lectores. De ahí que para un autor —quizás sobre el punto más extremo en una argumentación— su último libro siempre será “el último”. Y es que por más que el último libro auspicie la venida de un otro (y así otro, y otro), ese último reservará para sí una sucesión indeterminable.

Es por esta razón que trataré, en lo que sigue, al libro de Brünner como el último: como su "último" libro y no como la obertura intencional de aquellos que tal vez le sucederán. Es por esto también, y no por otra cosa, que en lo que sigue intentaré comentarlo y no, solamente, reseñarlo.

### Sobre el Saber de los Mapas

Comencemos con una pregunta: ¿es posible saber lo que está pasando o lo que nos pasa, o sencillamente, saber lo le pasa al mundo mientras queremos saberlo, es decir, mientras queremos saberle saber lo que le pasa? Como verán, la respuesta que precisa esta interrogación es mucho más compleja y celosa de lo que tardamos acá en formularla. Ahora bien, si perdura, es porque esta pregunta ha introducido un inédito suspenso en el corazón mismo del saber, lo que por lo pronto nos dice que toda tardanza es un vértigo inaudito en el saber ante sus propias representaciones. Esto ya lo había formulado Claude Lefort, allá por fines de los 70, cuando con extraña dificultad trataba de preludiar viejos escritos: "¿Qué es, pues, preguntar? —nos interpelaba— En un sentido, hacer duelo del saber. En un sentido, aprender en el sufrimiento de ese duelo"<sup>1</sup>. Hay saber, digámoslo así, pero también dolor. Es que, de alguna forma, todo saber nunca logra aprehender la complitud del mundo, es decir, no hay ni una sola cosa del mundo que asegure apenas aquello que es ante un saber que la pretende -toda a ella. De modo que el saber no alcanza a saber(se), lo que nos dice que lo real es aquello que no deja nunca de prometernos una significación posterior. Digámoslo entonces así: ¿es posible saber?, ¿puede saber el saber? Dejemos, por un leve instante, que estas preguntas rondan el comentario que nos convoca; de alguna forma, dejemos también que estas preguntas asedien las cartas de ruta de los viejos cartógrafos.

Y es que Brünner es un cartógrafo. Él mismo lo sostiene cuando señala que su libro intenta "levantar mapas de territorios desconocidos, dispuestos a descubrir su novedad"(pág. 32). ¿La novedad de lo desconocido? En efecto, Brünner intenta construir ru-

<sup>1</sup> Lefort, Claude. *Las Formas de la Historia. Ensayos de Antropología Política*. Edt. FCE, Ciudad de México, 1988.

tas cartográficas que permitan orientarnos en el interior convulso de un mundo extraño, ajeno al instrumental analítico con que se diseñó esa familiaridad retráctil del mundo moderno. Pero, ¿es posible aprehender la novedad, congelarla en el receptáculo mudo de una categoría? Difícil tarea. El punto, sin embargo, es si un mapa puede “nombrar” lo que se nos presenta como pura novedad: rasguñar lo desconocido para apropiarse algo de su ser, algo que nos de la palabra, la bienvenida ante lo que simplemente se nos aparece. Esto nos recuerda que no hay novedad, acontecimiento de lo nuevo, si no existe un límite inexpugnable por donde el saber aprisione sus descomedidas intuiciones. De otro modo, lo nuevo, aquello que se precipita en el saber a un paso más que su pulcra operatoria, dejaría de ser lo otro para empezar a Ser, para constituirse sólo en el brillo que nos deja un cálculo friccionado sobre una rudimentaria figuración de lo mismo.

Sin embargo, y sabiendo que lo anterior no es imposible de hacer (pues todo saber “pretende” progresar en la novedad que digiere), debiera esto sobre todo recordarnos que no hay saber que pueda con su diferencia, es decir, que pueda con la alteridad constitutiva de su saber, con su otro, para luego incorporarlo en el grueso intestino de su economía (aunque el mismo se arroje para sí esa humilde misión limitativa, cartográfica). Ahora bien, puede que esto último constituya algo que acá podamos llamar, provisoriamente, una “crítica eficiente”, si por eficiente entendemos la posibilidad de proferir al saber la falla de su cálculo al no dar con lo que calcula. Aun así, aun en este provisorato, digamos por el momento que es posible enumerar lo otro de lo que hasta hoy sabemos; digamos incluso que es posible poder con la diferencia; digamos, como bien dice Brünner, que es posible “levantar mapas de territorios desconocidos”.

Pero acaso ¿no debiéramos encontrar aquí eso que Habermas tiempo atrás llamaba, con cierto acento crítico, una “contradicción instructiva”<sup>2</sup>? Por cierto. Y es que Brünner, en el prólogo de su

<sup>2</sup> “sólo un pensamiento complejo produce contradicciones instructivas”, decía Habermas mientras leía el último texto de Michel Foucault. Cf. *Une Fleché Dans le Coeur du Temps Présent*. En *Critique*, agosto/septiembre, 1986, pp. 794-800.

último libro, comienza diciéndonos que la "Globalización y (la) Posmodernidad son términos que durante la última década se han convertido en un campo de batalla. No es extraño que así haya ocurrido. En efecto, ambos representan un intento por nombrar algo nuevo y, de esa manera, situarlo dentro de las coordenadas de la historia"(pág. 9). Pero el problema no es tan terminológico como quisiéramos que fuese. Por lo demás, siempre debería existir una imperfección razonable para excomulgar de toda categoría la singularidad seráfica de las cosas.

El punto es que dicha aprehensión tiene que ver con batallas, con ciertas luchas que intentan capturar una singularidad rebelde, anclada en torno a una actualidad pedregosa. Y es que "mientras el concepto de globalización procura dar cuenta de la novedad de un capitalismo que ha extendido sus límites hasta los confines del planeta, envolviéndolo en la lógica de los mercados y las redes de información, la idea de la posmodernidad pretende expresar el estilo cultural correspondiente a esa realidad global"(pág. 11).

De manera que: o existe una novedad con la que el saber disciplinar simplemente no puede, o bien existe una lucha, una política del saber ahí donde su no-poder se tornaría problemático. Como vemos, esto nos devuelve a lo que en un principio, con cierta hostilidad propedéutica, llamamos "asedio". En efecto, todo saber logra constituir una realidad en la medida en que logra imponer una política de constitución de lo real (y sin que sobre esto pudiéramos hacer circular al "gusano corrosivo" de la pragmática rortyana). Pero es ahí, en ese preciso instante, donde el saber no logra apropiarse la inmaculada totalidad de lo que constituye, pues tal aprehensión, y este es el punto, es siempre incompleta y siempre precaria. Siempre (le) queda un resto, un lugar donde interrogar la operación constitutiva del saber, es decir, un espacio vacío por donde hacer comparecer su inmaculada inmediatez.

De modo que hay política del saber (y ya no mapas) cuando lo real se exhibe en una representación momentánea y, sobre todo, cuando dicha exhibición se promete como otra respecto de la que, complacientemente, se ha dado. El acierto es, entonces, que siem-

pre habrá política, un campo de batallas en y por la categorización, mientras nuestro saber sea insuficiente, es decir, mientras sea, como bien dice Cornelius Castoriadis, "incapaz de volver a coser los desgarros que le ha propinado a las cosas"<sup>3</sup>. Como vemos, se trata de que, donde se diagrama la fisonomía de una época esquiva, no debiera haber más que un saber entregándose a esa tensión interna que la realidad incansablemente forja, es decir, a la política: a la posibilidad nunca ajena de que aquello que es se entregue a los pormenores de su desuso. En otras palabras: es porque todo saber es insuficiente a la hora de sellar el cúmulo de sus significaciones, que hay política; pero, al mismo tiempo, hay política precisamente porque lo real no deja nunca de fastidiar al saber prometiéndole un nuevo insumo. De modo que siempre hay una batalla que librar, ya sea con una realidad de colmo irresoluta, ya sea con un saber que intenta inscribirse en la lisa cara de una roca permanente.

Si fuera esto una política, si este comentario así lo quisiera, dejaríamos de comprender un libro que no instalara sus propias batallas. Podríamos decir acá, por ejemplo, que todo mapa y que todo cartógrafo intenta una reconstrucción, y que toda reconstrucción nunca queda exenta de su política. De manera que un libro, uno que pretende "levantar mapas de territorios desconocidos", no puede proceder como si la desconociera (a no ser que dicha mudeza fuera su propia política). Así lo deja ver José Joaquín Brünner cuando por un lado nos dice que su libro, "en vez de tomar partido en el campo de batalla, lo que (...) hace es escuchar argumentos y argumentar" (pág. 25), y, por otro, sostener al final de éste que no existe "ningún orden cultural que se constituya al margen de una fundamentación de la moral" (pág. 201).

Una "contradicción instructiva" decíamos en un comienzo; como bien decía Habermas, virtud sólo de uno que otro "pensamiento complejo". Permítaseme, en lo que sigue, atender a esta complejidad.

<sup>3</sup> Castoriadis, Cornelius. *Institución de la Sociedad y la Religión*. Revista *Fahrenheit* 450, N° 2, Buenos Aires, 1987.

## Sobre el Giro del Caleidoscopio

¿Qué puede hacer por hoy la sociología sino mapas? No pretendamos responder sin antes decir, o tal vez exclamar con largo asombro, que la lengua sociológica, aquella lengua que saludaba la modernidad desde su propio estómago, esa que se encontraba vociferando los grandes procesos de modernización, esa lengua que incluso dio en América Latina el tono oficial a las llamadas transiciones a la democracia, aquella lengua, decimos, se encuentra precisamente en un estado en que ha perdido su habla, la poderosa y silvestre facultad de nombrar. Sin embargo, no se trata del descomedido estupor que suele colgar —de vez en cuando— de los saludables labios de la Academia ni, por el contrario, se trata de la imposibilidad de sus categorías por dar cuenta de lo nuevo que adviene, de esa novedad de época que hace trastabillar al entusiasmo y la disciplina. Diríamos, a modo de tesis (y no lo diríamos así, pues sería otra la disensión, si sobre nuestras manos no estuviera dispuesto el último libro de un sociólogo), que lo que se ha perdido, el objeto de esta pérdida, no podría ser sino su política. Respondamos ahora. ¿Qué puede hacer por hoy la sociología sino mapas? Pues también, según Brünner, puede hacer caleidoscopios.

Por lo general, los caleidoscopios son artefactos de fantasía que, a base de ciertas disposiciones de trozos espejeantes, crean una ilusión geométrica sobre pequeñas virutas de celofán. Lo cierto sin embargo es que, por fuera de la precisiones técnicas que nos puede inducir una metáfora (y como verán, siempre habrá una técnica sobre la que volver), lo del caleidoscopio sirve más para ilustrar una intención metodológica que para devolverle en y con la alegoría la perfección nominativa a una lengua en estado de agonía. En efecto, y es que otra manera de concebir el último libro de Brünner "es como un caleidoscopio, donde las múltiples piezas de la globalización cultural van siendo rearrregladas sucesivamente mediante modificaciones en el punto de vista para así poder captarlas desde distintos ángulos y en diferentes combinaciones" (pág. 32).

Pero dejemos que esta metáfora nos conduzca; más bien, conducirnos con la no oficialidad de esta metáfora: movilicémonos, en-

tonces, en el caleidoscopio de José Joaquín Brünner (de hecho, las metáforas no dejan nunca de conducirnos, a no ser, como por ahí sostuvo Rorty, que éstas ya se encuentren muertas).

Para Brünner existen cuatro fenómenos interrelacionados que darían cuenta de la Globalización Cultural como un fenómeno integrado planetariamente: el Capitalismo Posindustrial y la universalización de los mercados; la Democracia como forma ideal en la organización de la polis; la Revolución de las Comunicaciones, y; la Posmodernidad, una suerte de "arquitectura espiritual" que se edifica sobre el magma asfixiante de la época. De tal suerte que: "la Globalización de la Cultura es la manifestación de las contradicciones, tensiones, desajustes y cambios a que dan lugar las interrelaciones e interacciones entre los cuatro macrofenómenos..."(pág. 30). Es decir, por efectos del giro analítico del caleidoscopio, puede comenzarse a apreciar un conjunto de posiciones, de cuadrantes específicos si se quiere, haciendo cruzar —con cierta simetría— estos ejes-temáticos de acuerdo al ángulo en que se encuentre ubicado el "punto de vista". La pregunta es, si se me excusa: ¿el punto de vista de quién?.

Y es que los caleidoscopios son instrumentos manuales. Por lo general, y no exentos de una ilusión óptica inducida por cierta técnica, los caleidoscopios refractan "bellas imágenes" si sobre ellos se combina, en disposición directa hacia la luz, un invariable "punto de vista" —una posición cognitiva si se quiere— con los giros adrede que el observador le impone a la parte móvil del cilindro. De manera que ahí donde ofuscar la vista implicaría devolver las imágenes a la coordinación invariable del ojo, también nos dice que toda obnubilación se encuentra ya calculada en el alcance técnico que el prismático soporta. No hay política sobre espejuelos y celofanes. Aun así, siempre nos quedará el más acá de la "vista", es decir, el punto (el "punto de vista") donde la mano del autor organiza su inédita escena. En otras palabras: no hay ni una sola imagen del mundo que no nos entregue una política; pero, al mismo tiempo, no hay ni una metáfora técnica que nos dé al mundo bajo una representación exigua. El problema sería, pues, que ahí donde vemos disponerse al estado del mundo ante el prodigio de su representación, no seamos capaces de

apreciar el ajuste manual que una metáfora requiere para oficializar sus logros.

Esta precisión nos recuerda el pasaje dedicado a la fotografía de Kevin Carter. Y es que, con aguda dedicación crítica, José Joaquín Brünner hace descansar sobre la imagen fotográfica de una pequeña niña sudanesa, todo el rigor con que circula, adelgazada de moral, la inmediatez cosificada del sufrimiento. "La visión ante nosotros es la siguiente. Una fotografía en blanco y negro publicada por el 'New York Times', ganadora del Premio Pulitzer para su autor Kevin Carter. Presenta en primer plano a una niña sudanesa, quizás de 8 ó de 12 años, casi desnuda, doblada sobre sí misma, con su cabecita tocando la tierra seca; una imagen de extrema pobreza, debilidad y desamparo. Detrás de ella, a pocos metros, con las alas cerradas y la mirada fija, pegado al suelo, un buitre oscuro, en actitud de espera. Todo en el cuadro es detención, amenaza, terror contenido" (págs.190 y 191).

Es factible que no exista nada sobre la lisa cartulina fotográfica que nos revele el intersticio necesario para fugar nuestras más nobles figuraciones. Los testimonios gráficos carecen, por lo general, de esa obviedad con la que suelen transitar los instantes más fatídicos. Y esto lo sabe muy bien Brünner, sobre todo si nos cuenta que la niña era mucho más que su atribulada postura y, que el ahora extinto fotógrafo logró espantar a tiempo al buitre después de su disparo. En este sentido, hay un zoom dispuesto sobre el famélico cuerpo de una niña, pero al mismo tiempo, habitando la espera entre el flash y la imagen, se encuentra todo lo que un instante anterior, y extraviado de su mudo intercambio, detenta para incomodar una conclusión futura. Con esto, hay "punto de vista", pero ya no el de Carter, ni menos el de Brünner. Ahora, el "punto de vista", es el de un otro (el mío, por ejemplo), un otro al que no se le podrá prevenir de su conmoción venidera. Esto nos dice que aquello que los otros harán con lo que hoy hacemos nosotros (un ojo en una cámara, un ojo en una fotografía, un ojo en un libro) ya no nos pertenece. Pero, al mismo tiempo, este no pertenecer no deja nunca de no inscribirse en la concisa identidad de nuestro saber. Por eso hay política: porque toda prevención es insuficiente a la hora de sellar un pacto con lo que, inevitablemente, vamos siendo.

Si giramos el caleidoscopio, nos encontraremos con la niña atrapada entre sus espejos. Ya no en la sabana africana, sino en el propio texto que la exhibe. De ahí que el celofán conviva con la soledad castiza de la infancia tercermundista para que, en un instante capturado por la industria de las comunicaciones, logre con su mostración derivarnos al negativo (y al espectro) de su inaudita visibilidad. Hay imagen, pero también una política que hacer. Una política como este comentario, a decir: una política que devuelva incansablemente al desgobierno los giros calculados de un avaro artefacto de lúcida contemplación. Es por esto, tal vez, que Marshall Berman diga, a los ojos atento de Dostoievsky, "que cuando un niño muere dan gana de devolver el boleto al universo"<sup>4</sup>. Es por esto, también quizás, que el último libro de Brünner termine con Habermas; con un Habermas diciéndonos que no hay teoría alguna que a nadie excuse de sus responsabilidades políticas.

FELIPE VICTORIANO  
Sociólogo, Universidad ARCIS  
Magister (c) en Ciencia Política, U. de Chile.

<sup>4</sup> Berman, Marshall. *Todo lo Sólido se Desvanece en el Aire*. Edt. Siglo XXI, México, 1997.